

## CAPÍTULO 10

### LA OBSERVACIÓN

#### 10.1. Introducción

La observación es literalmente el “acto y efecto de observar”,<sup>1</sup> que a su vez significa mirar o examinar con atención. A partir de esta primera aproximación queda en evidencia que la observación no es un patrimonio exclusivo de las prácticas científicas de investigación; se trata de una actividad con presencia constante y recurrente en la vida cotidiana. En este sentido, podría concebirse-la como un medio de conocimiento y un prerrequisito del relacionamiento con los demás; independientemente de los distintos enfoques con los que se ha tratado de dar cuenta de la vida social y la sociabilidad, la observación —en sentido amplio— ha jugado siempre un rol destacado.

En el ámbito de la ciencia, la observación es, por definición, el modo de establecer algún tipo de contacto empírico con los objetos/sujetos/situaciones de interés a los fines de su descripción, explicación, comprensión.

Estas consideraciones genéricas que hemos hecho hasta aquí dan lugar a dos cuestiones problemáticas cuyo abordaje articulará gran parte del resto de este capítulo:

- a) Si la observación no es patrimonio exclusivo de la ciencia, ¿en qué se diferencia la observación en la vida cotidiana de la observación científica?
- b) Si en la ciencia la observación es el camino privilegiado para construir conocimiento empírico, ¿hay distintas formas de observación? ¿En qué se diferencian? ¿Cómo se las puede clasificar?

<sup>1</sup> Definición del *Diccionario de la lengua española* de la Real Academia Española, vigésima segunda edición, 2001.

## 10.2. La observación en la vida cotidiana y en la ciencia

Tal como plantea Valles (1997), la distinción entre observación científica y observación común es una de las cuestiones centrales que ha caracterizado a la reflexión metodológica sobre este tema. En términos generales las relaciones entre observación en la ciencia y en la vida cotidiana han sido entendidas recurriendo a las nociones de ruptura o de continuidad.

La idea de ruptura destaca el quiebre entre ambos mundos, y se inscribe en el marco de una concepción que le asigna a la ciencia un lugar privilegiado, inmune a las “contaminaciones” del conocimiento ordinario que caracteriza a la vida cotidiana. Ésta es una noción de larga tradición en el pensamiento occidental, desde que algunos de los más influyentes filósofos griegos —en especial Platón— definieron a la ciencia como conocimiento cierto, claro (*επιστημη*) por oposición al conocimiento vulgar o mera opinión (*δοξα*).

En contraste, en tiempos más recientes se ha tendido a favorecer la idea de continuidad entre ciencia y vida cotidiana, y en este sentido se ha destacado que las competencias observacionales desarrolladas en la vida social, junto con un esfuerzo reflexivo y crítico en torno de sus características, su significado e implicaciones, constituye un fundamento de notable importancia no sólo para aprender y comprender el significado de la observación científica, sino también para llevarla a cabo de manera apropiada. Como expresan Ruiz Olabuénaga e Ispizua (1989: 79), “la observación común y generalizada puede transformarse en una poderosa herramienta de investigación social y técnica científica”.

En esta línea, la observación científica puede concebirse —retomando las palabras de Cardoso de Oliveira (1996) para referirse al trabajo antropológico— como una forma de observación disciplinada, y esto en un doble sentido: disciplinada en cuanto caracterizada por la sistematicidad y la constancia, una práctica que se atiene a ciertas reglas y procedimientos, y disciplinada en la medida en que está orientada teórica y metodológicamente por las disciplinas científicas, en el marco de las cuales adquiere un sentido específico que a su vez es producto de consensos más o menos generalizados acerca de las reglas, procedimientos de acción y perspectivas teóricas que la guían.

## 10.3. Distintas formas de observación científica

Se dijo más arriba que todos los métodos de investigación empírica son en algún sentido observacionales. Rebello (1977), para dar cuenta de su amplitud en la práctica científica, define a la observación como la más primitiva y a la vez la más actual de las técnicas de investigación.

Una primera y elemental distinción entre las formas de observación se puede establecer a partir de la coincidencia (o no) entre el sujeto observador y el objeto/sujeto observado. Cuando ambos coinciden, se está en presencia de lo que se conoce como autoobservación, que será más o menos introspectiva según el grado de profundidad del análisis de la propia personalidad y comportamiento. En los otros casos (es decir, de no coincidencia entre observador y

observado) nos referimos a la observación en sentido genérico, que a su vez puede dividirse en una multiplicidad de variedades de acuerdo con diferentes criterios. Por otra parte, al empleo de distintos *fundamenta divisionis* para operar la clasificación de la observación, se suma el hecho de que algunas de ellas se realizan siguiendo un esquema jerárquico, en el que una clase es a su vez dividida en varias subclases, dando lugar a taxonomías.

En sentido amplio suele distinguirse entre observación directa e indirecta. Esta última se da cuando el investigador adquiere conocimiento del objeto de estudio a través de observaciones previas realizadas por otras personas; por ejemplo, cuando recurre a datos secundarios. La primera se refiere, en cambio, a los casos en que el investigador se pone en contacto directo con el fenómeno de interés, y esto se puede hacer de manera controlada (por ejemplo, a través de experimentos) o no controlada, cuando se observa la situación en su ambiente natural, sin alterar el contexto ni recrearlo artificialmente. También es frecuente referirse a la observación controlada como observación de laboratorio, y a la no controlada como observación de campo o naturalista. A su vez, esta última puede ser participante o no participante, según se observe el fenómeno “desde adentro” (involucrándose e interviniendo en la situación objeto de estudio) o “desde afuera” (adquiriendo una actitud externa de mera contemplación).

Otras formas de definir a la observación incluyen a la estructurada o no estructurada, según el grado de sistematicidad y de delimitación previa de qué/quién, cómo y cuándo será observado; retrospectiva, cuando se investigan fenómenos del pasado (recurriendo a documentos, entrevistas, relatos de vida, etcétera) y mediada o no mediada, según se apele a instrumentos técnicos de observación (telescopio, microscopio, etcétera) o simplemente a los sentidos, sin la ayuda de tales dispositivos técnicos. Debe quedar claro que no nos referimos en este caso a los medios para el registro de las observaciones (grabadores, cámaras fotográficas y de video o instrumentos de medición diversos) sino a aquellos que hacen posible un tipo determinado de observación. En este aspecto, se puede distinguir entre los instrumentos que amplían la capacidad de los sentidos y, en un modo más general, aquellos que hacen posible acceder a través de ellos a la observación de un espacio/objeto dado. Si bien en la investigación social el uso de medios que amplían la capacidad de los sentidos es muy limitado, éste no es el caso del segundo tipo de mediación. En efecto, y desde hace aproximadamente unos quince años, se viene difundiendo la idea de observación virtualizada, cuando ésta —como afirman Ardèvol *et al.* (2003)— se vehiculiza a través de una herramienta informática. El foco de interés de tales observaciones son las interacciones que se desarrollan en el ciberespacio: tómease por caso el chat, que para muchos constituye una nueva forma de sociabilidad (véase por ejemplo Jones 1995, 1997; Turkle 1995). Todas las conversaciones, interacciones, etcétera, que se observan y de las que se es partícipe quedan completamente condicionadas por aspectos técnicos: los *softwares* que se utilizan para acceder a los chats y el *hardware* necesario para ejecutarlos (Ardèvol *et al.* 2003).

Habiendo hecho las consideraciones precedentes, resulta pertinente consignar que en este capítulo nos interesa abordar en detalle las formas de obser-

vacación directa, y en especial aquellas que se conocen como no controladas (de campo, naturalistas), intensivas, participantes y no mediadas.

Gold (1958), siguiendo a Buford Junker, de cuyo equipo de investigación había sido miembro, profundizó en la caracterización de los tipos ideales de roles de trabajo de campo que el cientista social puede adoptar a partir de la observación y la participación. Su tipología se basa en dos criterios: el grado de participación (involucramiento versus distanciamiento) y el grado de revelación de la actividad de observación. De aquí surgen los ya clásicos cuatro tipos teóricos: participante completo, participante-como-observador, observador-como-participante, observador completo.

En el caso del participante completo, la verdadera identidad y propósitos del investigador se mantienen ocultos a aquellos que se observa; el investigador interactúa de la manera más natural posible en las situaciones que le interesan, aprendiendo a desarrollar roles y tareas de la experiencia cotidiana de los observados como si fuera uno de ellos. En este sentido, es análogo a lo que se conoce habitualmente como observador encubierto (véase apartado 10.4).

El participante-como-observador es un rol de trabajo de campo con características similares a las del anterior, pero se diferencia en que tanto investigador como sujeto observado son conscientes de que la suya es una relación de campo. Gold (1958) indica que éste es el típico estilo de trabajo de campo en el que el observador establece relaciones con informantes a lo largo del tiempo, y tiene la oportunidad de participar en las situaciones investigadas. Como veremos más adelante, ésta es la modalidad de observación participante que más se ajusta a la idea actual que se tiene de ella en la antropología y la sociología.

El observador-como-participante es el típico rol de quien limita el trabajo de campo a una entrevista. En ella la actividad de observación es más bien formal, ya que no se dan las condiciones para una observación y participación informales a lo largo del tiempo. De este tema nos ocuparemos en el capítulo 12.

El observador completo, finalmente, es aquel que no interactúa socialmente con los sujetos investigados; se limita a observar intentando que su actividad pase inadvertida por parte de ellos.

Burgess (1984) indica que los cuatro tipos ideales planteados por Gold no deben entenderse como compartimientos estancos. Por el contrario, plantea que existe dinamismo e interconexión entre ellos, y que incluso a lo largo de un mismo estudio el investigador puede adoptar distintos roles de observación y participación. Además, se debe tener en cuenta que el desarrollo de un rol determinado no se da unilateralmente, como si esto fuese patrimonio exclusivo del investigador. Por el contrario, éste también es objeto de observación, y desde perspectivas diversas, hecho que deriva en la asignación de roles por parte de los sujetos investigados. En este sentido, Guber (1991/2005: 87) señala que “el investigador no es el único estratega”; en el proceso de conocimiento se dará una “interacción, diferenciación y reciprocidad entre la reflexividad del sujeto cognoscente —sentido común, teoría, modelo explicativo de conexiones tendenciales— y la de los actores o sujetos/objetos de investigación”.

En vez de pensar en tipos cerrados de observación y participación, muchos autores favorecen la idea de un *continuum* de diversas combinaciones posibles

entre los polos de participación y observación puras. Spradley (1980), por ejemplo, sostiene que el grado de participación puede variar desde la no participación (cuando se observa desde fuera del escenario de investigación) hasta la participación completa, pasando por la participación pasiva y la participación moderada. Por otra parte, se puede afirmar en cierto sentido que toda participación presupone observación, y que toda observación —salvo que el observador esté físicamente oculto a los ojos de los sujetos observados— implica participación, aun en un sentido muy débil, en la medida en que de algún modo su presencia incidirá en la situación que observe.

#### 10.4. La observación participante

Como ya se ha aludido en párrafos precedentes, esta estrategia consiste en presenciar de manera directa el fenómeno estudiado en su “ambiente natural”, sin manipularlo. Kawulich (2005, par. 81) afirma que “la OBSERVACIÓN PARTICIPANTE conlleva el involucramiento del investigador en una variedad de actividades, y por un período prolongado de tiempo, con el fin de observar a los miembros de una cultura en su vida cotidiana y participar en sus actividades facilitando una mejor comprensión de los mismos”.<sup>2</sup> Se trata de un proceso que “implica el acceso a la comunidad de interés, la selección de porteros e informantes clave, la participación en todas aquellas actividades que los miembros de la comunidad permitan, la clarificación de los hallazgos a través de controles con algunos de los miembros, de entrevistas formales y de conversaciones informales, y el registro de notas organizadas y estructuradas que faciliten el desarrollo de una narración que explique diversos aspectos de esa cultura”.

Osorio (1999) distingue entre modos pasivos y activos de observación y de participación. Los modos pasivos de observación implican el mirar (en cuanto registro visual que permite describir lugares, ceremonias y personas) y el escuchar, mientras que el modo activo es el conversar. Los modos pasivos de participación son el estar (que implica tan sólo la presencia física del investigador en el terreno) y el hacer (que involucra la realización de alguna actividad física); el modo activo es el compartir. A partir de estas consideraciones distingue entre la observación participante en un sentido débil (modos pasivos) y fuerte (modos activos). Osorio defiende las ventajas de la forma débil como medio para investigar y conocer en las ciencias sociales porque a su juicio, en el sentido fuerte, sólo se gana familiaridad pero no conocimiento. Además, este último conlleva un estar de acuerdo, un hacer propios los significados de la cultura extraña, acercándose a lo que en términos clásicos se conoce como “convertirse en un nativo”. Spittler (2001) aboga, en cambio, por un aumento de la participación, una forma radicalizada de observación participante que llama “participación densa” y que se orienta a la maximización de lo que considera como puntos fuertes de esta forma de investigar.

<sup>2</sup> El énfasis es nuestro.

La observación participante también puede adquirir diferentes sentidos según cuál sea la relación de membresía del investigador con respecto al grupo que se estudia; el observador puede ser miembro (nativo o no nativo) del mismo, puede hacerse pasar por miembro, o desarrollar un rol de observador participante en el grupo en el sentido del segundo de los tipos propuestos por Gold (1958).

En cuanto miembros de una comunidad, todos somos observadores participantes de ésta, y éste fue justamente el sentido de la expresión en sus orígenes: tal como sostiene Hammersley (1989), cuando fue introducida en 1924 hacía referencia al observador “nativo” al que luego recurría el investigador para obtener información sobre la situación estudiada, convirtiéndolo en lo que hoy llamaríamos un INFORMANTE CLAVE.

La observación de la propia comunidad exige un deliberado trabajo de extrañamiento/distanciamiento que permita desnaturalizar prácticas constitutivas de la cultura a la que se pertenece y que el observador ha adquirido a través de procesos de socialización. La tradición de las ciencias sociales ha tendido a pensar al observador como un “extraño que está dentro” de la comunidad, que adquiere ciertas competencias sociales necesarias para participar en ella, pero que no debe hacer propias las ideas y valores característicos de ésta. En otras palabras, no debería ser un miembro nativo ni convertirse en tal. En torno de este punto, sin embargo, hay ciertos límites sutiles que en las últimas décadas han suscitado importantes debates epistemológicos, metodológicos, e incluso éticos y políticos.

A partir de los postulados de Winch (1964), por ejemplo, se han discutido los límites de la interpretación de una cultura extraña sin que medien procesos de resocialización en el juego de lenguaje que esa cultura implica. Asimismo, se ha puesto en cuestión la posibilidad de “traducción” de una cultura a los términos de otra y a partir de una racionalidad que le es ajena. La supuesta objetividad garantizada por la distancia del ser no nativo puede convertirse también en un obstáculo para acceder al sentido que ciertas prácticas sociales y culturales tienen en el marco de una comunidad que nos es extraña. En contraste, el famoso antropólogo y sociólogo Srinivas (1966, 1998), por ejemplo, ha defendido la ventaja de ser parte de la cultura india para poder comprender el sistema de castas, o el cambio social y cultural en esa nación —lo que constituyó el interés central de sus múltiples investigaciones.

Sin embargo —como ya se ha apuntado—, la visión canónica ha tendido a favorecer las ventajas del observador profesional no nativo, que si bien no debe ser necesariamente un extraño en sentido fuerte, debe poder experimentar la situación de interés desde la doble condición de miembro y extraño. Cabe hacer notar en este sentido que los límites entre el ser miembro o no del grupo observado no son rígidos, y desde que la observación participante se aplica comúnmente al estudio de diversas situaciones y grupos de la sociedad urbana contemporánea, la distinción tajante entre nativo y no nativo —más evidente en el caso del etnógrafo europeo que estudiaba por ejemplo tribus africanas— se ha vuelto más difusa.

Valles (1997: 150), basándose en Spradley (1980), resume las diferencias que se encuentran entre el rol técnico de un observador participante y el papel profano de participación típico de un miembro nativo del grupo. Entre ellas

destaca los contrastes de propósitos (implicarse y observar versus participar “naturalmente”), de los modos de atención (atención incrementada versus desatención selectiva), de los ángulos de observación (abierto versus cerrado), de las formas de experiencia (desde adentro y desde afuera versus sólo desde adentro), de introspección (aplicada versus natural) y de registro (registro sistemático versus no registro).

Cuando el observador se hace pasar por miembro del grupo estamos en presencia de lo que se conoce como observación encubierta (participante completo en la tipología de Gold). Si bien se tiende a desaconsejar esta forma de investigación por razones éticas (Burgess 1984), hay casos en que podría ser la única forma de conocer un fenómeno sin que la conspicua presencia del observador incida decisivamente en la situación observada. Ejemplo de esto es el estudio de Homan (1978) sobre sectas pentecostales, que luego dio lugar a un conocido artículo (1980) sobre los aspectos éticos de los métodos encubiertos en el que justifica su empleo sobre bases pragmáticas, con el fin de evitar la reactividad (véase apartado 10.5) y acceder a aspectos ocultos o secretos. Homan reconoce, sin embargo, que esto puede ser psicológicamente perjudicial para el investigador y dejar huellas duraderas en su personalidad.

En la actualidad —como se dijo más arriba—, la observación participante tiende a presentarse, en el marco de una investigación, como el desarrollo de un rol que se caracteriza por la presencia física del investigador en el terreno; se trata de alguien que se une temporalmente a un grupo con fines científicos y que no oculta su función de investigador. La revelación de su identidad se da al menos ante los “porteros” (*gatekeepers*) que regulan el acceso a ciertos espacios observacionales y están en condiciones de conceder el “permiso” para que el investigador realice allí su tarea.

Para muchos autores, este sentido actual de la observación participante implica la COMPENSIÓN (Bernard 1994) a través de un acceso privilegiado a los significados que los actores construyen (y le asignan) a su mundo (Platt, 1983). Sin embargo, como la misma Platt (1985) ha sugerido, esta supuesta mutua implicación entre la observación participante como técnica de investigación (y los métodos llamados cualitativos en general) y las ideas interpretativas como su fundamento teórico-filosófico es relativamente reciente. Las prácticas tempranas de observación participante de la antropología y la sociología europea y norteamericana (fines de siglo XIX y principios del siglo XX), incluso en los casos más conocidos como los de la Escuela de Chicago y la antropología funcionalista inglesa (Malinowski, entre otros), no estaban imbuidas de tales bases teóricas y epistemológicas. Piovani *et al.* (2006), al reconstruir históricamente los procesos de producción y reproducción de sentidos en torno de lo cuantitativo y lo cualitativo en las ciencias sociales, sugieren que fue básicamente en el contexto de lo que Giddens (1979) llama disolución del consenso ortodoxo de las ciencias sociales (a partir de la década de 1960) cuando una serie de prácticas de investigación ya existentes —entre ellas la observación participante—, que incluso en muchos casos habían surgido desde la lógica canónica de “recolección” de datos “objetivos”, fueron resignificadas desde tradiciones teóricas no ortodoxas (hermenéutica, fenomenología, interpretativismo) para dar susten-

to a una alternativa de investigación sociológica centrada en el acceso interpretativo al mundo de la vida social (véase apartado 2.3).

Volviendo a la observación participante en cuanto rol de campo desarrollado por el investigador, es importante recordar, como se dijo antes, que esto no se puede pensar como una cuestión lineal y autónomamente definida por parte del investigador, independientemente del tipo de relaciones que logre establecer con los actores en el campo y de las expectativas mutuas que se generen y construyan a lo largo del tiempo. En este sentido, cobran especial importancia las características personales del observador. En efecto, muchos autores —entre ellos Burgess (1984) y Kawulich (2005)— han mostrado que el género, la edad, la raza y la clase social del investigador, entre otros factores, inciden en la práctica observacional, en las situaciones que se logra observar y en el tipo de relación de campo que se entabla con los distintos actores.

### 10.5. Usos de la observación participante en la investigación social. Ventajas y límites

En los manuales de metodología actuales es frecuente recurrir a una presentación esquemática de los usos, ventajas y limitaciones de las diferentes técnicas de investigación. A continuación reseñamos algunas de ellas en el caso de la observación participante, añadiendo oportunamente comentarios ampliatorios y observaciones críticas.

En un sentido genérico, ha tendido a destacarse la utilidad de la observación participante para realizar estudios exploratorios y descriptivos, y su muy limitada capacidad como instrumento de la investigación explicativa, ya sea que se trate de construir teorías o de poner a prueba hipótesis científicas (véase por ejemplo Singleton *et al.* 1993). Sin embargo, esta visión estereotipada que restringe el uso de la observación participante a fases preparatorias —como mera “disparadora” de hipótesis que deberían dar lugar a estudios sucesivos más acordes a la lógica de la contrastación— ha sido desafiada por muchos científicos sociales en las últimas décadas. Glaser y Strauss (1967), por ejemplo, han tratado de mostrar su utilidad (y la de otras técnicas no estándar) para la construcción de teorías formales y sustantivas.

Jorgensen (1989)<sup>3</sup> indica que la observación participante es especialmente adecuada cuando se sabe poco del fenómeno de interés (aspecto exploratorio al que acabamos de aludir), cuando se desea conocer subgrupos cuyos puntos de vista difieren significativamente de los vigentes en una sociedad (minorías, subculturas, contraculturas, etcétera) y cuando la cuestión bajo estudio se oculta a la luz pública (adiciones, criminalidad, sectas religiosas, etcétera). Singleton *et al.* (1993) destacan también su utilidad para dar cuenta de situaciones cambiantes y dinámicas, o cuando resulta imprescindible a los fines del estudio preservar la interrelación entre sujeto y situación. Asimismo, indican que puede ser un buen complemento de otras formas de investigación, no sólo

como proveedora de sugerentes líneas para estudios de tipo explicativo —como se indicó más arriba—, sino también para dotar de profundidad y sentido a los resultados de encuestas y experimentos.

Entre las principales ventajas de la observación participante, Valles (1997) destaca:

- a) que en cuanto modo directo de investigación, permite acceder a las situaciones investigadas en toda su complejidad y en el momento en que los acontecimientos suceden, sin artificios ni simplificaciones;
- b) que permite acercarse al punto de vista de los actores investigados;
- c) que es flexible, posibilitando de este modo redefinir aspectos significativos a lo largo del proceso de investigación.

Entre sus límites señala que hay importantes cuestiones de interés para las ciencias sociales que no son pasibles de observación directa, o al menos de observación participante. Piénsese por ejemplo en los acontecimientos pasados, a los que sólo podemos acceder a través de documentos escritos, del relato de los actores o de otro tipo de fuentes. Valles (1997) también menciona las limitaciones de la observación participante para estudiar fenómenos que tienen una raíz psicológica profunda y que en consecuencia requieren de métodos indirectos (por ejemplo, tests proyectivos), y para abordar cuestiones con gran dispersión poblacional y/o geográfica. Singleton *et al.* (1993) destacan como negativo el tiempo que insume la observación participante, su necesaria limitación a uno o unos pocos escenarios, su ineficacia para obtener cierto tipo de datos y su alta dependencia de las cualidades personales del investigador. Burgess (1984), por su parte, incluye dentro de los límites aspectos de naturaleza ética: ¿en qué medida puede el investigador inmiscuirse legítimamente en la intimidad y privacidad de las personas?<sup>4</sup>

Pero las ventajas y los límites no deben entenderse como absolutos sino en relación con otros métodos observacionales y teniendo en cuenta el objeto de interés de una investigación. Los manuales destacan habitualmente con respecto a los experimentos y las encuestas las debilidades de la observación participante derivadas de la variabilidad del observador —en cuanto “instrumento” humano de recolección de información—, que acarrea potenciales problemas de fiabilidad. También tienden a cuestionarse las posibilidades de generalización a partir del trabajo de campo. Se valora, en cambio, la menor reactividad, el acceso a datos de primera mano y la riqueza de las informaciones obtenidas.

La REACTIVIDAD es la tendencia de los actores a modificar sus comportamientos habituales como consecuencia de saberse observados. La idea más difundida en la metodología de las ciencias sociales es que la observación participante genera menos reactividad que las otras técnicas de recolección. Sin embargo, esta afirmación puede generar confusiones; en realidad, la observa-

<sup>3</sup> Citado por Valles (1997: 160).

<sup>4</sup> A esta cuestión debe sumarse otro importante interrogante de tipo ético: ¿cómo debe actuar el investigador en caso de obtener acceso a información sobre conductas delictivas a partir del trabajo de campo? (véanse Burgess 1984, Singleton *et al.* 1993).

ción participante es hiperreactiva, sólo que por sus características conlleva la oportunidad de que un observador experimentado logre la confianza y empatía suficientes como para diluir los efectos de la reactividad a lo largo del tiempo. Que la observación participante tenga efectos reactivos se puede comprobar en distintas situaciones de la vida cotidiana: cuando una clase de la escuela es visitada por una supervisora del Ministerio de Educación, o cuando un invitado especial y desconocido participa de una cena familiar en el hogar. En estos casos, está claro que muchos de los comportamientos y discursos diferirán del “normal” discurrir de los acontecimientos y se “adaptarán” a la nueva situación en función, por ejemplo, de las expectativas que estos “extraños” generen entre alumnos y maestros, o entre los miembros de la familia. La diferencia de estas situaciones con la observación de campo típica de las ciencias sociales es que esta última permitirá, con el transcurso del tiempo, lograr la confianza (que a veces es tan sólo acostumbramiento) como para que muchas de las conductas “adaptadas” a la presencia del “extraño” pierdan sentido y se vuelva progresivamente al estado habitual de cosas.

Para maximizar las ventajas y restringir los límites de la observación participante, especialmente en términos de fiabilidad, se suele sugerir una serie de estrategias y recomendaciones (véanse por ejemplo Denzin 1970, Burgess 1984, Valles 1997):

- Analizar críticamente la información provista por informantes clave, prestando especial atención a su estatus en el marco de la situación/comunidad/grupo observado. Kawulich (2005), recordando la controversia Mead-Freeman,<sup>5</sup> advierte que los investigadores pueden entender de manera distinta lo que observan según quién/quienes sean sus informantes clave. En muchas ocasiones, el solo hecho de que alguien esté dispuesto a colaborar con el investigador en calidad de informante lo ubica como un actor atípico o marginal. Guber (1991/2005: 127), por otra parte, plantea que lo apropiado es considerar al informante como un sujeto de investigación, cuya presencia “no garantiza por sí sola un acceso cabal y completo al objeto”. Dado que no existe una perspectiva unilateral de conocimiento y que el informante provee una visión mediada por sus preinterpretaciones, propone someter sus relatos a los mismos procesos de construcción y deconstrucción a los que somete su propio conocimiento antropológico.
- Llevar un registro de lo que se percibe como efecto reactivo, en particular en lo que se conoce como notas metodológicas (véase apartado

<sup>5</sup> La conocida antropóloga norteamericana Margaret Mead, discípula de Franz Boas, publicó una monografía en 1928 con los resultados de sus investigaciones con niñas y adolescentes en Samoa. En 1983, el antropólogo neocelandés Derek Freeman publicó un libro en el que se ponen en tela de juicio las conclusiones de Mead. Basándose en su propia experiencia de trabajo de campo en Samoa y en entrevistas realizadas con algunas de las informantes de Mead, Freeman argumentó, entre otras cosas, que ellas habían mentido en sus relatos sobre la conducta sexual. En consecuencia, a los ojos de Freeman las conclusiones del trabajo de Mead eran erróneas (especialmente en lo que respecta a la institución de la virginidad como limitada únicamente a las adolescentes de alto estatus social).

10.6). Denzin (1970) sugiere incluso que el registro de efectos reactivos se puede realizar también a través de las percepciones de los informantes clave.

- Realizar cruces y controles con los resultados de observaciones realizadas por otros miembros del equipo (en el caso de una investigación de la que participen varios investigadores) y complementar las observaciones con entrevistas y documentos de distinta naturaleza, especialmente con lo que Plummer (1983) llama documentos de vida (*documents of life*). A veces también traducidos como documentos personales (fotografías, diarios, cartas, filmaciones familiares, etcétera), ellos pueden, según Plummer, facilitar un tipo de comprensión profunda de las vidas humanas concretas difícil de alcanzar a través de las fuentes tradicionales de la investigación social.

Las críticas más frecuentes a la observación participante remiten al clásico lenguaje de la fiabilidad y la validez. Sykes (1991), en respuesta, afirma que se ha hecho un esfuerzo demasiado grande para justificar la investigación no estándar en términos que no le son apropiados. Por su parte, Adler y Adler (1994) indican que los problemas de fiabilidad y validez en la observación participante tienen solución si se contrastan las perspectivas de varios observadores (con diferentes *backgrounds*), alentando una suerte de *inter-observer agreement*; si se hace una búsqueda deliberada de casos negativos que contradigan las inferencias preliminares del observador, y si se lleva un registro de la variabilidad de los fenómenos en espacio y tiempo a través de observaciones sistemáticas. A su juicio, el trabajo del observador debe reflejar autenticidad y verosimilitud, abonando de este modo la idea de que el trabajo no estándar no debe ser juzgado recurriendo a los términos científicos tradicionales sino a términos alternativos. En este mismo sentido, y como respuesta a las críticas acerca de los límites de la generalización de los resultados obtenidos por medio de la observación participante, Patton (1986) ha propuesto la idea de extrapolación razonable, una especulación modesta acerca de la posible aplicabilidad de los hallazgos a situaciones similares, aunque no idénticas.

## 10.6. El registro de la información en la observación participante

En primer lugar hay que tener en cuenta que toda observación es focalizada, y que el foco de ésta puede cubrir distinto tipo de espacios, eventos, actividades, conductas, actores, manifestaciones de sentimientos, objetos, momentos, etcétera (Burgess 1984). Para llevar un registro de estas observaciones se recurre a lo que habitualmente se conoce como notas de campo. Bajo este rótulo se incluyen distintas modalidades de registro escrito de la información recolectada a partir del trabajo de campo.

La forma más común de distinción del registro informacional escrito involucra a las notas observacionales, teóricas y metodológicas (Schatzman y Strauss 1973), también llamadas sustantivas, analíticas y metodológicas (Burgess 1984).

Las primeras se refieren al registro descriptivo de lo observado: quién, cuándo, cómo, qué, dónde, etcétera. En ellas es importante rescatar el lenguaje nativo, es decir, la terminología usada por los actores espontáneamente en las situaciones observadas, y hacer un esfuerzo explícito por mantener limitadas al máximo posible las interpretaciones del investigador a partir de lo observado. Pero dado que toda observación conlleva un ejercicio analítico más o menos consciente, se recomienda también realizar notas teóricas o analíticas. Éstas se refieren a los intentos preliminares del observador por dar sentido a las observaciones de campo: se trata de conjeturas, inferencias, etcétera, en las que obviamente se introduce el lenguaje experto de la disciplina. Las notas metodológicas, finalmente, pueden pensarse como apuntes descriptivos acerca del investigador y el proceso de investigación (Schatzman y Strauss 1973): ¿qué decisiones se tomaron en el campo?, ¿con qué fines?, ¿con qué consecuencias? En la medida que tanto el investigador como los sujetos y las situaciones observadas cambian en el proceso de trabajo de campo, es muy importante que las notas queden debidamente identificadas en cuanto a fechas, lugares y actores involucrados.

Spradley (1980), por su parte, distingue entre notas condensadas, que se realizan mientras se llevan a cabo las observaciones, y notas expandidas, que se realizan fuera del campo a partir de las anteriores, y que implican un *racconto* más detallado de lo observado. Asimismo, recomienda llevar un diario de campo, una suerte de diario personal en el sentido estricto, en el que se registran las emociones e impresiones suscitadas a partir del trabajo de campo.

Se ha sugerido más arriba que toda observación implica análisis, y conlleva además un esfuerzo de registro escrito. En este sentido, se recordará también lo expresado en el apartado 4.2 con respecto a la relativa simultaneidad de las tareas de selección, recolección y análisis en este tipo de investigación que hemos definido como no estándar. La concepción tradicional del trabajo de campo, en cambio, ha tendido a diferenciarlas más rigidamente y a ligarlas con fases consecutivas de la investigación, siguiendo “los parámetros del naturalismo: captación inmediata de ‘lo real’, ‘recolección de datos’ y posterior análisis en gabinete” (Guber 1991/2005: 251).

A pesar de las críticas que se le han hecho a esta visión canónica, y que compartimos, creemos igualmente útil distinguir —siguiendo a Geertz (1988)— entre un “estar allí”, en la situación de campo (con el énfasis puesto en la observación participante, con todo lo que ésta implica aun en términos de análisis y escritura) y un “estar aquí”, en el espacio institucional de trabajo del investigador —que no necesariamente tiene que ser una oficina de universidad o centro de investigación— con el énfasis puesto en la interpretación y la escritura acerca de aquello observado en el “allí”. Las notas de campo serán clave en esta instancia, y por lo tanto deben realizarse con máximo esmero y sentido crítico; en cuanto insumo de informaciones empíricas para el análisis intensificado típico del “estar aquí”, ellas son decisivas a fin de facilitar una interpretación en la que no se pierda de vista “cómo se vinculan las palabras con el mundo, los textos con la experiencia, las obras con las vidas” (Geertz, 1988/1989: 145). Se trata al menos de evitar un relato ingenuo en el que lo recabado a través de las notas observacionales se tome como reflejo objetivo de los fenómenos estudiados.

## CAPITULO 11

### EL SONDEO

#### 11.1. Introducción

El sondeo o encuesta ha sido definido como un método científico de recolección de datos, a través de la utilización de cuestionarios estandarizados, administrados por entrevistadores especialmente entrenados o distribuidos para su autoadministración a una muestra (Kuechler 1998).

Se trata de una técnica que permite recolectar datos sobre actitudes, creencias y opiniones de los individuos estudiados e indagar sobre múltiples temas, tales como pautas de consumo, hábitos, prejuicios predominantes e intenciones de voto en grandes poblaciones. Se caracteriza por su adecuación para relevar muchas propiedades referidas a muchos individuos. Y sus ámbitos de aplicación son diversos: académicos, políticos y comerciales.

Si bien los antecedentes pueden rastrearse en el siglo XIX (Marsh 1982), sus primeras aplicaciones como método moderno de recolección de datos, basado en la teoría estadística y las técnicas de muestreo, se sitúan en la década del treinta del siglo XX. En esos años, George Gallup aplicó la encuesta, tanto a estudios de mercado como de opinión pública.

La incorporación del sondeo a la investigación académica adquirió desarrollo recién durante los años cuarenta. Dentro del campo de la psicología social comenzó a utilizarse con mayor frecuencia en los estudios sobre la Segunda Guerra Mundial, cuando se llevaron a cabo importantes investigaciones entre las que se destaca la clásica obra dirigida por Samuel Stouffer (*El soldado americano*), basada en entrevistas a más de medio millón de soldados estadounidenses. En la Universidad de Columbia a partir de 1940, adquirió desarrollo y predominio la investigación social aplicada basada en encuestas en el campo de la sociología y los estudios de comunicación a través de los trabajos de Paul Lazarsfeld (1944, 1954). Durante esa década se crearon en Estados Unidos centros de investigación orientados a estudios cuantitativos basados en la técnica de encuesta, como el *National Opinion Research Center* (1941) y el *Survey Research Center* de Michigan (1946), y a partir de la década siguiente proliferaron las investigaciones académicas basadas en sondeos.

Su importante difusión en los Estados Unidos la convirtió en la técnica